

ANÁLISIS

¿Pulgarcito o Gulliver?

La comparecencia del presidente Francisco Flores ante el Grupo de los Ocho puede ser el inicio de algo importante para el destino de El Salvador.

No está de más plantearse en qué condiciones se produce, y cuáles son las posibles perspectivas.

RAFAEL MENJÍVAR OCHOA

A lo largo de su historia El Salvador ha tendido a participar de manera pasiva en asuntos de política internacional. Desde Hernández Martínez, por ejemplo, fue pasiva la posición institucional con respecto a las estrategias estadounidenses hacia la región; durante la guerra, las autoridades enmarcaron el conflicto en la confrontación Este-Oeste, y siguieron una lógica geopolítica con El Salvador en el papel de extra, no de actor protagónico.

El país ha sido pasivo en la consecución de ayuda para el desarrollo. Abrió las puertas a la Alianza para el Progreso, que llegó sola; tras los acuerdos de paz la asistencia arribó por la inercia de las esperanzas internacionales; las catástrofes naturales tocan a los donantes sin esfuerzos especiales.

Quizá la poca necesidad de moverse para obtener recursos sea la madre de algunos vicios. Uno es la poca seriedad con la que en ocasiones se ha utilizado la ayuda externa, como la que llegó tras el huracán Mitch: el gasto de una parte no pudo justificarse ante los donantes, o se explicó de manera inaceptable (como el presunto desvío de fondos para los ex patrulleros), y mucho del efectivo no sirvió para los fines a los que estaba destinado, sino que se integró al presupuesto regular. Después de los terremotos de principios de año, pocos estuvieron dispuestos a hacer donaciones sobre las que no tuvieran control, y el resultado ha sido la falta de liquidez para solventar problemas derivados de la catástrofe.

Otro vicio es la manera a veces torpe con que se confronta a otros países; los casos más publicitados y recientes han sido el desaire a los venezolanos en Comasagua y el asunto del abono donado por Japón, que, se dice, podría poner en peligro

la reconstrucción de Cutuco, un alto precio por tan poco.

Aunque con altos y bajos, el gobierno de Francisco Flores ha iniciado en el último año una apertura hacia el exterior que es en sí misma beneficiosa: es una señal de que se intenta una participación más activa en materia internacional. Hasta ahora parece ser un esfuerzo personal; abstraído en sí mismo, la mirada fija en el espejo de sus propios asuntos, el sistema no ha desarrollado una estructura que permita una interacción internacional.

ENTRE GRANDES

Después del incidente con Fidel Castro en la Cumbre Iberoamericana, Flores ha hecho notorias apariciones como virtual vocero de Centroamérica. Una parte se debe a que Flores, en lo personal, se ha mostrado activo en materia diplomática, pero también a que el presidente estadounidense, George W. Bush, quizá motivado por esa misma actividad, lo ha nombrado su "hombre fuerte" para la región. Así se presentará ante los integrantes del Grupo de los Ocho, en lo que de hecho es su presentación en sociedad.

En cierta medida (el futuro próximo dirá hasta dónde), el sistema salvadoreño está jugando dentro de los márgenes del tablero geo-económico, por llamarle de algún modo, que se ha planteado después de la Guerra Fría, como en su momento jugó como pieza obligada en el ajedrez geopolítico de la confrontación Este-Oeste (Ahora Rusia es el octavo pasajero del antiguo Grupo de los Siete). En ese sentido, algo de la pasividad de antes está presente en la diplomacia nacional, y sólo la voluntad política y la creación de una estructura acorde con ella determinarán si El Salvador será protagonista o seguirá siendo actor de reparto.

Es importante señalar que Flores no llegará como interlocutor ante el G-8, sino como peticionario; también es necesario decir que se presentará, en buena medida, como el modelo de lo que se espera del mandatario de un país como otros de América Latina que han salido de la autodestrucción y se han lanzado a intentar nuevos modelos.

Es de pensarse que la comparecencia de Flores redundará en beneficio de El Salvador, no sólo de su clase política, y que podría ser un paso fundamental para que el país comience a salir de su abstracción y de su tradicional pasividad; ya corresponderá a los salvadoreños determinar qué obtendrán de ello.

